

Circular en círculos



Conocí la libertad y la angustia un mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar... No recuerdo cuando sucedió, pero sí que llegaron de la mano, juntas, como siempre. Arribaron pensativas y serias, pero - sin embargo - me abrazaron con cariño, como a un viejo amigo y no solo perdonándome, sino alentándome también...

Yo caminaba libre en una ruta abierta. El camino siempre uno, pero cambiante a cada metro. El azul incomparable del cielo negándose a mezclar con la ordinaria tierra. Las nubes, pastando serenas en el cielo y los silenciosos animales, retozando entre los vientos caprichosos. Esos vientos que jugueteando impertinentes con mis ropas, arbustos secos y personas... cada tanto hacían sonar con frenesí a silbatos y campanitas invisibles. Hasta la danza perpetua de las hojas en las copas de los árboles, parecía feliz de coquetear con él. Un molino, juguete permanente del viento, ese día descansaba, inexplicablemente quieto. Los cables entre postes, tendidos como hamacas, invitaban a dormirse y a soñar...

- *Señor Martínez, le hice una pregunta. Usted ¿que opina?* - me interroga el severo y cínico profesor de Farmacología, destilando en mínimas expresiones de su rostro, la baja de sentirse un vencedor, por haberme descubierto navegando, perdido entre mis imaginaciones deliciosas y mis fecundas fantasías.
- *(altera la concentración de electrolitos en la endolinfa del oído interno)* - escuchó que me susurra una voz masculina por detrás, quizá otro estudiante, devenido en espontáneo aliado, deseoso de vencer la soberbia del prusiano profesor.
- *Altera la... eeh, concentración de electrolitos... en la endolinfa del oído interno* - repito en voz alta, como una grabadora descompuesta, ansioso de conocer el efecto que producen mis palabras.
- *Bien...* - es la escueta respuesta del escueto profesor, mientras gira dándome la espalda, desilusionado de verse privado de escupirme con otra humillante admonición. Sonríe en silencio mientras agacho mi cabeza, ocultándola entre mis hombros que se alzan en un ritual universal, que solo significan: ¡Me salve, una vez más!

Me acuerdo vividamente de esa anécdota estudiantil, mientras mi velero se sacude, bambolea, cabecea y luego, vuelve a sacudirse, bambolearse y cabecear. Recuerdos que me obligo a revivirlos, para vencer el miedo. Quiero que vengan a mi mente más y más historias que ocupen mi presente, para no pensar en mi futuro negro... Y todo sigue... y sigue. Nunca para. Sigue y sigue. Igual, siempre igual a sí mismo. Trato de pensar en otras cosas, pero mi vida entera pareciese reducirse a subir y bajar entre esas olas, acunada por vientos desquiciados que me cantan su arrojado de truenos y relámpagos, perdida en una oscuridad impenetrable



Recogí las velas, lancé por la borda las dos anclas y me refugié en la parte más profunda de mi embarcación, buscando que su centro de gravedad se mantuviese bien abajo. Escuché en la radio que el temporal recién empieza en el medio del Río de la Plata... y la apagué. También hubiese querido mantener encendidas las luces de posición, pero prefiero conservar la carga en las baterías. ¿Será para siempre esta condena...?

Sube y baja. Baja y sube. Me tira hacia un costado y luego al otro... y luego hacia adelante... y después hacia atrás. Quiero bajarme. No quiero estar acá. ¿Por qué tuve que salir a navegar? El ruido de las olas chocando contra el casco, se confunde con las cataratas y diluvios que rompen en cubierta. Me duele la cabeza, me va a estallar, no aguanto... no aguanto... ¡¿Nadie me entiende?! No aguanto más... Noooooo

- *Es la fiebre. Tranquílcese. Tómese este vaso de agua que le va a ayudar...* - me consuela con voz dulce y maternal, una enfermera cincuentona, mientras me ayuda a humedecer mi boca pastosa y seca, afiebrada...

Pone algo en mis venas y me siento mucho, muchísimo mejor. Tres cables pegados a mi pecho, parecen brotar desde adentro de mi cuerpo y terminar en un armatoste, que me mira con un ojo en el que salta incansable una pequeña luz. Gota a gota, un líquido transparente se pierde poco a poco en las venas de mi brazo, a través de un fino tubo de plástico. Cae desde un frasco frío, impávido, monótono, el cual podría mejorarse mucho con algo de imaginación, por ejemplo si nadase en él, un hermoso y grácil pececito de colores, de aletas etéreas como tules, de movimientos suaves, de boca palpitante que abre y cierra, hablándonos con su lenguaje mudo.

Pero todo en esta sala es demasiado aburrido, monótono, tedioso y previsible. Tanto, que me ahoga, me asfixia y me aprisiona... Basta, basta, bastaaaaaa... La larga bocina del camión pasa a mi lado en un “crescendo y decrescendo” que me asusta y me despierta bruscamente, arrancándome de mi increíble sueño agreste. El cielo azul en lugar del cielo raso, observa mi figura despatarrada y feliz, tendida sobre el mullido colchón de pastos, yuyos y flores silvestres de todos los colores y tamaños.

Bostezo sorprendiendo a un pajarillo que deja de picotear el suelo y me desperezo, en un prolongado orgasmo de placer. Con mi mochila al hombro, me pongo nuevamente en movimiento por la larga ruta abierta. Los sueños, sueños son... Vuelvo a caminar en libertad. Camino y camino, llenando mis pulmones de aire puro, atiborrando mi alma de proyectos para cambiar la medicina. Y dejando casi sin lugar al espacio infinito de mi espíritu, de tantas promesas de amor y caridad que arrojo al cielo del futuro, más allá del horizonte. Debo aprovechar este bucólico e irrepentible tiempo. Son mis últimas vacaciones antes de iniciar mi anhelada carrera de Medicina.

fin

